











Más del 95 % de los fallecidos por COVID-19 en Europa eran personas de 60 años en adelante . En los Estados Unidos, el 80 % de las muertes correspondían a adultos de 65 años en adelante . En China, aproximadamente el 80 % de los fallecidos eran adultos de 60 años o más . Esta realidad plantea una serie de problemas directos e indirectos para las personas de edad.

Ante pandemias que ponen en peligro la vida humana, como la de la COVID-19, las personas de edad tienen dificultades para acceder a tratamientos médicos y a la atención sanitaria.

25 RG(A)-40.137 0.122 0.13ficulta6q0.ncscos y a la atención sa-40.137 0.122 0.13ficulta8(s125t 3422 0.125 RG(-)]TETQq



pandemia, esas modalidades de cuidado para las personas de edad eran fragmentarias y frágiles y estaban repletas de desigualdades. No obstante, ahora se corre el riesgo de que las medidas para limitar la propagación de la COVID-19 supongan una disrupción aún mayor, lo que implicaría que muchas personas mayores dejarían de tener acceso a una



cada seis personas de edad había sufrido malos tratos en 2017 . Desde el inicio de la epidemia, se han generalizado las denuncias relativas al aumento de los índices de violencia contra las mujeres y, en particular, de violencia doméstica, exacerbada por las condiciones del confinamiento. Si bien no se dispone de datos desglosados por edad, las políticas para responder a la pandemia deben tener en cuenta las necesidades y los derechos de las personas de edad, especialmente de las mujeres, cuya dependencia de sus familiares para la supervivencia y el cuidado diarios las hace especialmente vulnerables a los malos tratos . Las medidas para restringir los movimientos pueden aumentar la incidencia de violencia contra las personas de edad y de malos tratos de todo tipo: físico, emocional, económico y sexual, además de descuido. La pandemia deja a muchas víctimas mayores sin acceso a la asistencia y los servicios.

En los entornos humanitarios, el hacinamiento en los campamentos y lugares similares, así como las limitaciones en la atención de la salud, el agua y el saneamiento, pueden implicar un riesgo especial para las personas de edad durante la pandemia de COVID-19. Es necesario prestar especial atención en los planes y estrategias de contingencia para hacer frente a las amenazas amplificadas a las que se enfrentan los refugiados, los migrantes y los desplazados internos mayores, así como proporcionarles acceso a los tratamientos y la atención sanitaria, incluido el acceso a los servicios nacionales de salud, que tendrán una mayor capacidad en términos de atención de urgencias y cuidados intensivos.

<https://www.who.int/en/news-room/detail/14-06-2017-abuse-of-older-people-on-the-rise-1-in-6-affected>.

ONU Mujeres 2020. Brief: COVID-19 and Ending Violence Against Women and Girls.

<https://www.unwomen.org/en/digital-library/publications/2020/04/issue-brief-covid-19-and-ending-violence-against-women-and->

El

distanciamiento físico suele ser difícil en las cárceles y otros lugares de detención. Es posible que la atención sanitaria también sea limitada, lo que supone una amenaza para las personas de edad, dado que corren mayor riesgo de contraer la COVID-19. Deben explorarse opciones de puesta en libertad y alternativas a la detención a fin de mitigar esos riesgos, en particular para las personas con enfermedades preexistentes.

Velar por que se identifique y se atienda lo antes posible a todas las personas de edad que corren el riesgo de contraer la COVID-19, especialmente las que tienen trastornos de salud preexistentes y las que viven solas.

Garantizar que las decisiones médicas se basen en evaluaciones clínicas individualizadas, así como en las necesidades médicas, en criterios éticos y en los mejores conocimientos científicos disponibles.

Adoptar medidas urgentes para dar prioridad a la realización de pruebas a las poblaciones vulnerables que se encuentran en entornos cerrados, como los adultos mayores que viven en centros residenciales de larga estancia, en zonas que registren una transmisión comunitaria sostenida .

Velar por que se sigan prestando a las personas de edad unos servicios asistenciales adecuados, como los servicios de salud mental, cuidados paliativos y



---

Corremos el riesgo de que la COVID-19 agrave la exclusión social de las personas de edad con medidas para restringir la circulación y los contactos, como las restricciones que imponen la permanencia en el domicilio, las cuarentenas y los confinamientos. Si bien se trata de medidas cruciales para garantizar la seguridad de todos, es necesario que en la medida de lo posible tengan en cuenta las realidades a las que se enfrentan las personas de edad, a fin de no aumentar su nivel de aislamiento social y empeorar su estado de salud. Los riesgos se amplifican si esas medidas permanecen en vigor durante períodos prolongados y no permiten las interacciones sociales en persona u otras medidas de mitigación. Muchas personas de edad dependen de servicios y apoyo domiciliarios y comunitarios, en particular las que viven solas . Deberían intensificarse los esfuerzos que las autoridades y los voluntarios de las comunidades están llevando a cabo en varios países para llegar a las personas de edad y prestar los servicios de apoyo necesarios.

En un momento en que se necesita más solidaridad, la COVID-19 está intensificando un arraigado edadismo, que implica la discriminación y la

estigmatización de las personas de edad por motivos de edad. Es preocupante que hayan surgido comentarios y discursos de odio contra las personas mayores en el discurso público y en los medios de comunicación social como expresiones de resentimiento intergeneracional. La población de edad constituye un grupo increíblemente diverso, en el que la edad cronológica de sus miembros solo está vagamente correlacionada con la edad biológica. Es fundamental que las políticas, los programas y las comunicaciones muestren una visión diferenciada y no distorsionada de los efectos de la pandemia en las personas de edad y la contribución de estas para combatirla, a fin de velar por que no se las estigmatice. Una implicación más amplia de la comunidad puede contribuir a fomentar la solidaridad intergeneracional, combatir el edadismo y controlar y erradicar la violencia, los malos tratos y el descuido contra las personas de edad.

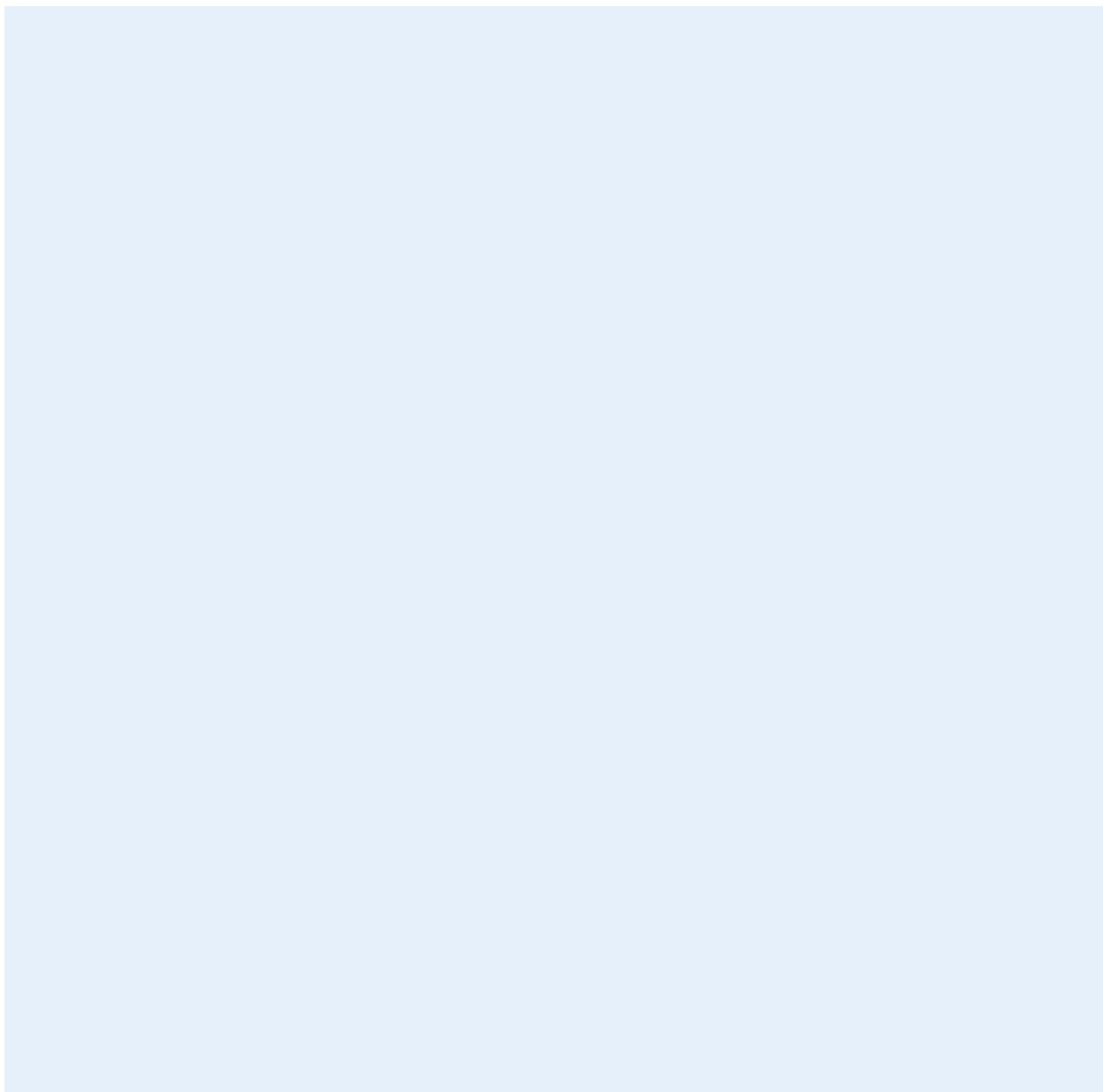
Como en muchos países cada vez son más las personas de edad que viven solas , la pérdida y la desarticulación de las redes sociales a causa de la COVID-19 pueden crear una situación en la que dejen de atenderse las importantes necesidades de apoyo psicosocial

Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas. *Population Division Living Arrangements of Older Persons: A Report on an Expanded International Dataset (2017)*.

Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas. *Population Division Living Arrangements of Older Persons: A Report on an Expanded International Dataset (2017)*.

y de salud mental de muchas personas de edad. Para los muchos millones de personas de edad que viven en centros residenciales , las medidas de distanciamiento físico que limitan las visitas y las actividades en grupo

pueden perjudicar la salud física y mental y el bienestar de estas personas, en par 422.11 691.54 Tm0.13



conocimientos necesarios para explotarlas plenamente. Si bien alrededor de la mitad de la población mundial tiene acceso a Internet, el número de personas de edad que no accede a la red sigue siendo desproporcionadamente elevado . En el Reino Unido, por ejemplo, 4,2 millones de personas de 65 años o más nunca han utilizado Internet . Las personas de edad de los países menos adelantados son las que menos probabilidades tienen de tener acceso a las tecnologías digitales . Las que viven en instituciones ta2 0



La COVID-19 exagera las disparidades económicas mundiales y expone las desigualdades existentes que afectan a las personas de edad, y en particular a las mujeres y a las personas con discapacidad como, por ejemplo, el acceso inadecuado a los bienes esenciales y los servicios básicos, las limitaciones de los servicios de protección social y una discriminación generalizada por motivos de edad. Es fundamental que, durante las fases de respuesta y de recuperación de la pandemia, en las acciones para hacer frente a esta crisis se identifique específicamente y se dé prioridad a las personas de edad, que pueden correr un riesgo particular de quedar relegadas o excluidas.

Muchas

personas de edad de todo el mundo viven en la pobreza y son objeto de exclusión social. El riesgo de pobreza aumenta con la edad, y el porcentaje de personas de edad que viven en

la pobreza llega al 80 % en algunos países en desarrollo . Las personas de edad pueden depender de multitud de fuentes de ingresos, como el trabajo remunerado, los ahorros, el apoyo financiero de las familias y las pensiones , y todas ellas pueden peligrar como resultado de la COVID-19. Por consiguiente, la pandemia puede reducir considerablemente los ingresos y el nivel de vida de las personas de edad. Es muy probable que esta crisis económica tenga unas repercusiones desproporcionadas en las mujeres de edad, dado que su acceso a los ingresos —ya sea a través d

Es necesario apoyar a las personas mayores para que puedan acceder a la seguridad social y demás medidas de protección, especialmente si no pueden percibirlas debido a las restricciones de circulación o la ruptura de sus redes sociales durante la pandemia. La caída





---

La crisis ha puesto de manifiesto importantes carencias en la disponibilidad de datos específicos para cada edad. Es crucial disponer de datos sobre las personas de edad, que estén desglosados por grupos de edad y engloben todas las modalidades de convivencia (como las personas de edad que viven en residencias), para tener una visión completa de los efectos de la pandemia y orientar las respuestas a esta. Cuando se recopilan datos sobre las personas de edad, se suele mostrar un grupo homogéneo. Por ejemplo, las muertes por COVID-19 se suelen notificar en grupos de edad amplios, como, por ejemplo, el de personas mayores de 60 años, con lo que se enmascaran las notables diferencias en términos de afectación por la COVID-19 a las personas de 60 a 69 años, las de 70 a 79 años y las de más de 80 años. Es esencial desglosar los datos relativos a la COVID-19 en función de la edad, el sexo, la discapacidad y las enfermedades preexistentes, a fin de diferenciar con precisión los riesgos que la enfermedad conlleva para las personas de edad. Los estudios también tienen a veces edades límite arbitrarias que excluyen a la

mayoría de las personas de edad: por ejemplo, en la mayoría de las encuestas sobre la prevalencia de la violencia contra la mujer se utilizan muestras de personas de edad demasiado pequeñas para poder desglosar los datos.

Asimismo, en la formulación de políticas no siempre se incorporan suficientemente las voces, las perspectivas y la experiencia de las personas de edad para identificar los problemas y resolverlos, en particular cuando se trata de temas en los que las decisiones que se están valorando afectan a las personas de edad. Por consiguiente, es importante ampliar nuestra alianza con la sociedad civil y otros agentes para incorporar las voces de las personas mayores, aprovechar sus conocimientos y garantizar que participen de manera voluntaria, activa y significativa. Las plataformas mundiales pertinentes deben determinar las mejores maneras de compartir las soluciones y las mejores prácticas entre los países para proteger los derechos humanos de las personas de edad en situaciones de crisis y fuera de ellas.



---

Esta pandemia ha planteado desafíos sin precedentes a la humanidad y representa una amenaza desproporcionada para la salud, la vida, los derechos y el bienestar de las personas de edad. Es fundamental reducir al mínimo esos riesgos atendiendo las necesidades y los derechos humanos de las personas de edad en nuestros esfuerzos para luchar contra la pandemia.

Al mismo tiempo, muchos de esos riesgos no son nuevos. Durante mucho tiempo, los derechos humanos de las personas de edad no han estado debidamente protegidos y no se les ha tenido en cuenta en las políticas y programas nacionales. La recuperación tras la COVID-19 constituye una oportunidad para sentar las bases de una sociedad más inclusiva, equitativa y respetuosa con la edad, anclada en los derechos humanos y guiada por la promesa compartida de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible de *no dejar a nadie atrás*.